

El ingeniero Balboa y otras historias civiles

Miguel Ángel Molinero

Antonio Pereira se ha impuesto una doble vertiente como escritor, la inicial poética y una narrativa posterior y paralela. A esta segunda faceta corresponde «El ingeniero Balboa», consistente en cuatro narraciones cortas, con un tono común, que no hay que buscar en la temática sino en las maneras literarias con que se resuelven. De un inicial realismo, con especial atención al mundo cotidiano y a los personajes nada heroicos de provincias algo perplejos ante el mundo que se les viene encima o que ellos mismos buscan para osadas incursiones, que tienen reflejo en las anteriores salidas novelescas, como era el mundo deslumbrador de «La costa de los fuegos tardíos», Pereira cambia tono y acentos y se propone una manera nueva en «El ingeniero Balboa», de mayor tensión entre los distintos elementos formales, resultantes de un todo ambiental, que si tiene en cuanto a personajes el recuerdo de otros empeños anteriores, están tratados de manera distinta.

En efecto, si este escritor, mediante la frecuentación de un modelo literario a la vez irónico y basado en la confrontación onerosa de las solicitudes y claudicaciones que impone la vida diaria a la gente del común, hacía gravitar a sus personajes en un mundo absolutamente -y voluntariamente- antiheroico. En «El ingeniero Balboa» los rumbos se alteran y se da entrada a una serie de elementos que presuponen un enriquecimiento del mundo narrativo que se complica en varias direcciones: la atmósfera irreal, de la primera narración, «Informe sobre la ciudad de N.» , basada en una proyección casi mítica del mismo universo que tratara en otras ocasiones, de casinos locales y viajantes de comercio, a través de recuerdos infantiles y la distorsión que supone el pensar un lugar perdido de la geografía española -inequívocamente leonesa- por donde nuestra guerra pasará con retraso. La indeterminación temporal, que se prolonga a lo largo de un tema, haciéndole más completo, al poder resolver en varias direcciones apuntadas, y la introducción del misterio en la segunda narración «Matar la mosca » confirman el asentamiento de esta nueva manera. Asimismo la presencia de elementos autobiográficos elaborados de forma imaginativa y al servicio de lo que se cuenta. El juego borgiano del vértigo geométrico de la caja dentro de otra caja, hasta el infinito, con la presencia de elementos eróticos, muy abundantes en las cuatro narraciones, configuran «Las erotecas infinitas » sirviendo al mismo propósito apuntado de desrealización al

entrecruzarse las historias y disposiciones individuales sobre la mecánica del amor que las resume en un número de variantes conocidas. Finalmente, la narración que da título al libro es la de mayor vuelo personal, casi lírico, la doble fascinación del adolescente por la mujer de edad que además representa un molde aristocrático enraizado y durable, por encima de las previsibles decadencias. Esta narración que cierra es quizá la más plena, donde la identificación entre paisaje, personajes e historia es más profunda.